

A PUNTA SECA

Una educación lamentable

Confieso que yo no sabía nada del mundo de la delincuencia. En mi educación no habían figurado asignaturas como el secuestro, el asesinato, el robo, el atraco, la estafa y todas sus variantes. Tenía una remota idea de ese mundo que mirábamos con una cierta aprensión y lejanía, como algo que no pertenecía a nuestro entorno y que se producía como una alteración de la normalidad. Como una tifoidea, una escarlatina o una gripe.

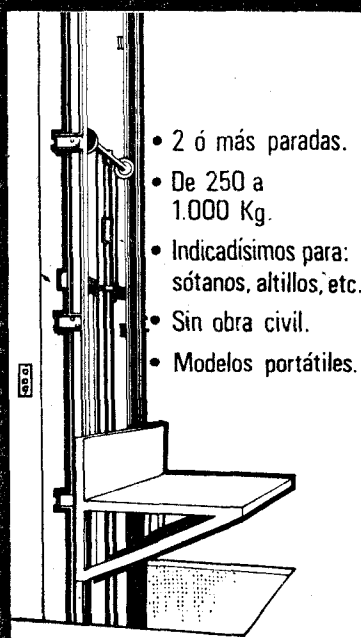
Hoy, a través de la televisión, se conocen perfectamente todas las técnicas del delito. No importa que se salve hipócritamente la moral y acabe ganando el bien. A lo largo de los metros de celuloide consumidos se ha explicado con una minuciosidad casi científica el arte de hacer el mal.

No es extraño que cuando ocurre un hecho como el reciente secuestro en París del presidente de «Fiat-France», los periódicos digan que se ha desarrollado «como en una película americana».

Tenemos que comenzar a reflexionar.

* *

PLATAFORMA ELEVADORA



- 2 ó más paradas.
- De 250 a 1.000 Kg.
- Indicadísimo para: sótanos, áticos, etc.
- Sin obra civil.
- Modelos portátiles.

technoman
TECNICAS DE LA MANUTENCION
Diputación, 249, 3.º.
Tels. 318 89 79 302 64 66
BARCELONA-7
Juan Godó, 4 y 6 Tel. 803 35 54 *
IGUALADA

Con acento

Lo normal que sorprende

Cada día hay más pruebas de que en España se siguen enfocando los asuntos políticos con criterios del antiguo régimen, los cuales, por fortuna, ya no son aplicables a la realidad que tenemos delante de nuestros ojos. Por ejemplo, las dimisiones.

Durante casi cuarenta años aquí nadie dimitía, y el que tímidamente intentaba hacerlo era fulminado desde arriba para que continuase en el puesto hasta que se dispusiera lo contrario. Esta forma de mandar y de obedecer generó unos hábitos en quienes actuaban en los ambientes oficiales. Los espectadores también se acostumbraron a que no ocurriese nada notable en la escena, hasta el punto de que las crisis ministeriales eran calificadas de simples relevos de personas.

Con este modo de contemplar el espectáculo político, las dimisiones sorprenden y son muchos los que las consideran una derrota del que voluntariamente se marcha. Tendrá que pasar tiempo, y será preciso que arraiguen entre nosotros hábitos democráticos, para que una dimisión oportuna sea valorada en debida forma. De momento sigue gravitando la idea de que el jefe se enfada con cualquier dimisión y no olvidará el gesto de independencia. Tardaremos en convencernos todos de que ese jefe ya no existe.

Tampoco se enjuicia con criterios democráticos los cambios que tienen lugar en el equipo de ministros que forman el Gobierno. Parece como si lo deseable, políticamente hablando, es que ningún jugador se vaya a la caseta y deje su puesto a otro. Y ciertos observadores se inquietan al enterarse de que se ha producido un cambio.

Hace bastantes años, el 15 de junio de 1958, un político de tanta experiencia como Attlee afirmaba en «The Times»: «Una cualidad importante en un primer ministro es la capacidad para hacer dimitir a los mi-

nistros que no sirven». Sostenía esta idea el ex jefe del Gobierno británico porque que los Gabinetes se modifiquen con el fin de adaptarlos a circunstancias de la política, que naturalmente cambian sin cesar.

Recuérdese que Winston Churchill, entre octubre de 1951 y abril de 1955, alteró seis veces la composición de su Gabinete. Desde enero de 1957 a octubre de 1963, Mac Millan efectuó diez modificaciones. Wilson batió un récord con sus cinco cambios de ministros en el corto periodo comprendido entre las elecciones de 1966 y noviembre de 1967.

No sólo es frecuente en las democracias pluralistas, sino deseable, que los equipos de personas que integran un Gabinete ministerial se renueven siempre que alguna de ellas, o varias, no resulten aptas para afrontar y resolver los problemas del momento. A esto hemos también de acostumbrarnos, como a las dimisiones, a los debates públicos, a las votaciones que se ganan o se pierden; en suma, a la práctica cotidiana de la democracia.

Síntomas claros, por el contrario, de que un régimen no es democrático son las permanencias dilatadas e injustificadas en el desempeño de los cargos públicos, la sumisión de los gobernantes a quienes se hallan con más poder por encima de ellos, la falta total de dimisiones, la aclamación y los votos por unanimidad, el entusiasmo indescriptible en las calles, las adhesiones incondicionales.

Durante tantos años vivimos en este clima que ahora nos cuesta adaptarnos al otro. Y la gente se sorprende —e incluso padece alarma— ante lo más natural.

Manuel JIMENEZ DE PARGA

Música clásica

Un cierto sentido penitencial de la cultura

AHORA la cosa se limita al jueves y al viernes; pero, hasta hace poco, en este país, abarcaba toda la Semana Santa. Me refiero a que, durante dichos días, las emisoras de radio —y la televisión, luego— dedican todos o casi todos sus espacios musicales a difundir obras de las llamadas «clásicas». En muchas otras zonas del área cristiana se hace lo mismo, aunque, como aquí, con tendencia a la restricción. Se supone que las jornadas conmemorativas de la Pasión y Muerte del Cristo han de ser celebradas con recogimiento y piedad. Antaño, el rigor alcanzaba al propio tránsito rodado —se prohibía la circulación de carruajes en las ciudades—, se cancelaban los espectáculos públicos, incluso los cafés y las tiendas dejaban caer las cortinas de sus vitrinas. Era una manera de crear el pertinente clima de compunción, que finalmente centraban las ceremonias estrictamente religiosas. Cuando cundieron los receptores de radio, los programas se adaptaron al tono circunspécto de lo demás, y quienes los confeccionaban echaron mano del repertorio de los «grandes maestros». Hoy, repito, la costumbre se ha relajado bastante. La Semana Santa está en decadencia, en tanto que «santa», y se va convirtiendo en una pausa más de vacaciones, pura y simple. Las feligresías huyen de sus respectivas parroquias, si sus medios lo permiten, y se dispersan en un primer amago de veraneo. La música...

Bueno: yo pretendía hablar de eso de la música. Por lo general, los «clásicos» —y me atengo a la etiqueta rutinaria, que incluye a toda la música «seria», de cualquier época y estilo—, los «clásicos», digo, sólo son impartidos por la radio y la tele en dosis diarias muy reducidas. La mayor parte del tiempo, como es lógico, viene ocupada por géneros de consumo popular y, naturalmente, más o menos «frívolos». Bailables, canciones y lo que convenga, en efecto: lo «no serio». De un lado, pues, la música «cult», y del otro, la «vulgar». Por una larga serie de cir-

cunstancias sociales, de educación y de recursos, parece que se da por sentado un curioso principio: la música «cult» es aburrida, penosa, grave, mientras que la otra es siempre pizpireta, jovial, ligera. Como vivimos en un medio donde la «cultura» es una superstitión, no excesivamente compartida pero sí hipócritamente acatada, cada día se administra al vasto auditorio indiscriminado un rato, o un ratito, de «música culta»: para los melómanos y para que no se diga. Y en Semana Santa, de sostener un ambiente lúgubre, las antenas emiten sólo «clásicos». Piezas hay que únicamente por estas fechas saltan al aire, y, desde luego, por ese hecho «toda» la música culta adquiere un imprevisto carácter «penitencial».

Por éste y otros motivos, la gente —las multitudes no muy «alfabetizadas» en música— acaba creyendo que los «clásicos» son una extraña aflicción para el oído y para el ánimo, y se resigna a tolerarlos, si a tanto llega, durante un par de días. Identifican Bach con la Crucifixión de Jesús, por ejemplo, y con la idea de «tostón». Y así, con el resto: los barrocos, los románticos, los impresionistas, los dodecarrónicos y, por supuesto, los más antiguos. No me sorprendería que cualquier precipitado comentarista «contracultural» haga lo que una vez hizo un crítico de arte repulicónote, en Valencia. Resumo la anécdota: una exposición de pinturas de Santiago Rusiñol insistía en paisajes típicos con cipreses, que eran, claro está, cementerios o viacrucis al estilo local; el crítico aludido, no sólo se metió con Rusiñol —y estaba en su derecho— como pintor, sino que le acusó de pintar cipreses «un árbol reaccionario». Me encanta el hallazgo: «Un árbol reaccionario»... Que el ciprés hubiese sido también el árbol de Venus, o sencillamente un árbol como otro cualquiera, o no lo sabía o no le importaba. Lo único que veía era una especie de símbolo clerical... Salvando las distancias, corremos el riesgo de que, no ya la «música sacra», sino toda la «música culta», parezca música de Semana Santa.

Yo me adelantaría a reconocer que, sí, la «música culta» no suele ser «divertida». Todavía más: que la «cultura entera» —en prosa o en verso, de letras o de ciencias, sonora o plástica— es una invitación al tedio. Los «iniciados» opinan lo contrario: sólo los «iniciados». Al nivel de sociedad en que vivimos, ya bastante escolarizado, funcionan unas mediaciones: la «divulgación» de «lo culto». Para proporcionar a las «masas» unas partículas de «cultura» se han hecho operaciones industriales muy rentables, a base de traducir a los «clásicos» en charanga «pop», o de reducir novelas y tratados de toda índole a «digests», y más maquinaciones. No discutiré ni la necesidad ni la oportunidad de tales trucos. No soy de los que consideran una «profanación» convertir un adagio de Mozart en un acaramelado pasaje para discotecas de adultos. El resultado ya no es Mozart, pero queda bonito, y no se hace daño a nadie. Aho-

ra bien: convengamos, provisionalmente, en que la «cultura» es, en principio, una lata. Para los «no-iniciados» lo es. Uno se divierte con la cultura cuando ya es culto, y más cuanto más culto es... Que nadie se escandalice ante el verbo «divertirse». Los antiguos tratadistas habiaban, pongo por caso, del «goce estético». Pues, aproximadamente, eso. Y para todo. «Goce», «diversión» y —además— «utilidad» son nociones dialécticamente inseparables: para los «iniciados», al menos.

Intento, de algún modo, insinuar una conclusión, nada original, por descontado: que la «cultura» continúa siendo el beneficio de una clase, y menos todavía, de unos catarros. Ellos se «divierten» —nos divertimos el lector y yo, en este momento, al coincidir en el debate—: es un privilegio. Existen derivaciones cada vez más eficaces, que son las tecnológicas —desde la aspirina a los artefactos de viaje sideral—: es la «cultura» que las muchedumbres ignoras (nosotros mismos) sólo conocen a escala de «aplicación» pragmática. No es igual ingerir un medicamento o desplazarse en avión que leer la Odisea o Kafka o Valéry, que ver románticos, picassos, mirós, que escuchar un gregoriano, una polifonía de los Tudor o Schoenberg. Los grados de «disfrute» son diferentes. Los fármacos y las comodidades físicas se integran, como ventajas indudablemente «culturales» —porque «cultura» son—, a las inercias anónimas y pasivas: un poema, una partitura, un cuadro, ya son otro asunto; y otro, los trabajos de laboratorio o de cálculo. La «cultura» también es un «modo de producción», y más complicado de lo que Marx y Engels creían. Y cada vez lo será más. «Modo de producción» y —¿por qué no atender a la fórmula simétrica?— «modo de consumo», en su intrincada co-

nexión, deberían ser conceptos a reexaminar. El «modo de consumo», los «modos de consumo», en plural, esperan ser atendidos por los especialistas de la teoría, y por los de la historia.

Y por los de la historia, insisto. Ese Bach, esos «maestros de capilla» medievales, renacentistas, barrocos, esos románticos de concierto, la vanguardia conocida a medias, ¿qué son como «consumo», en la «sociedad de consumo»? ¿Y qué fueron? Da lo mismo la «Pasión según San Mateo», que el «Pierrot lunaire», que el «Don Giovanni». A estas alturas, ¿importa poco o mucho que Bach fuese un compositor de sacristía y Mozart un masón deteriorado por la tuberculosis?... Cada Semana Santa, desde unas oficinas, programan cantidades de «clásicos» para acentuar el aire «penitencial» —reitero el adjetivo— de la música emitida. Con ello tergiversan intenciones y realidades. Si Bach fue un hombre pio, ya no lo fue tanto Mozart, y poco o nada lo era Beethoven. ¿Son los árboles reaccionarios— que decía mi paisano cebándose en las telas de Rusiñol? Acostumbrados a que la música «cult» sea una especialidad de Semana Santa, deformamos toda la «historia de la música». Los asiduos a las salas de conciertos están por encima del bien y del mal, tal vez. Pero, ¿y los otros? Y si de la música saltamos a la literatura, a la escultura, a la biología, a las matemáticas... Para los chicos que estudian, la «cultura», concretamente el ramo que han de aprobar, es, a menudo, aburrimiento odioso: «penitencial». La cultura como «diversión» fructifera no acaba de cuajar. «¿Sólo para iniciados?», reza el letrero... ¿Sí?

Joan FUSTER

Curs d'HISTORIA de CATALUNYA per MIQUEL COLL i ALENTORN

ELS DILLUNS, DIES 18 I 25 D'ABRIL, 2, 9 I 16 DE MAIG, A LES 8 DEL VESPRE, A LA SALA D'ACTES D'ESCOLES PIES, BALMES, 218, BARCELONA

INFORMACIO I INSCRIPCIONS:

Unió Democràtica de Catalunya

C/. València, 246, pral. Tel. 2155566

MATRICULA: 200 PESSETES

- Frigoríficos
- Cocinas
- Lavadoras
- Lavavajillas
- Calefacción eléctrica
- Calentadores a gas
- Calentadores eléctricos
- Calderas para calefacción y agua caliente

desde luego...

Corbero

la marca de prestigio



- Para
- Hoteles
- Centros Turísticos
- Estaciones de invierno, etc.

Ofrecemos la instalación de la Bolera americana de máxima actualidad en el mundo.

Favorables condiciones crediticias para este tipo de establecimientos.

Informa:
AUTOMAVE, S.A.
CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA ESPAÑA
DIVISION BOWLING:
Fuencarral, 101 - Tel. 266 52 04 - MADRID-4
Séneca, 18 - Tel. 217 22 99 - BARCELONA-6

